



ÁLVARO
VERGARA

Lo que callan los libertarios



ÁLVARO VERGARA

Abogado y magíster en Estudios Políticos Universidad de los Andes.
Investigador del Instituto de Estudios de la Sociedad.

“Lo que logró Milei es una transformación de mentalidad profunda”¹. Esta idea ha sido repetida en diversos espacios por Axel Kaiser, presidente del Directorio de la Fundación para el Progreso y uno de los principales exponentes del libertarismo en Latinoamérica. El triunfo de Javier Milei hizo que la tesis de un cambio cultural en dirección promercado cobrara fuerza a nivel mundial. Se trataba de un *outsider* que se convirtió en diputado, y de un diputado que, casi sin apoyo institucional relevante, conquistó la presidencia de Argentina. Junto a la característica bandera de la serpiente, el “Don’t Tread on Me” y el grito “¡Viva la libertad, carajo!”, en esos días se viralizó en redes sociales la imagen de un niño en una marcha que sostenía un libro de más de 600 páginas. El cineasta Santiago Oría, publicista de las campañas de Milei, tuiteó: “Chicos con ‘La acción humana’ de Mises en la mano. Hay analistas que solo miran la superficie, pero esto es una revolución cultural”.

En Chile, uno de los exponentes más cercanos al proyecto de Milei ha sido precisamente Axel Kaiser, junto con sus numerosos seguidores libertarios. El mandatario argentino ha reconocido que el abogado y ensayista fue una de sus principales fuentes de inspiración en el inicio de su “batalla cultural”. A través de sus videos y libros, Kaiser se ha consolidado como un referente libertario internacional. De hecho, tras el triunfo de Milei, se presentó como la figura y el amigo que habría inspirado a un entonces desconocido economista argentino². Aunque algunos podrían verlo como oportunismo, ambos comparten un sustrato ideológico que han transmitido a miles de personas en la región a través de redes sociales. Kaiser es quizá el mejor ejemplo de un “libertarismo de difusión”, un movimiento cuya finalidad es simplemente propagar ideas libertarias, aunque alrededor suyo hay también otros exponentes y fenómenos que merecen atención³. Este libertarismo, al igual que todo

1 YouTube (2024), “Axel Kaiser: ‘Lo que logró Milei es una transformación de mentalidad profunda’”, en LT Pulso”.

2 El Mercurio (2024), “Axel Kaiser, amigo de Milei: ‘El liberalismo ganó la batalla cultural en las nuevas generaciones’”.

3 Algunos nombres pueden ser Agustín Laje, Nicolás Márquez, Antonella Marty, Johannes Kaiser, entre otros.

movimiento ideológico, tiene características que vale la pena analizar.

En el presente ensayo abordaremos algunas de las deficiencias y desafíos del activismo intelectual libertario. Para lograr ese objetivo nos centraremos en las actitudes políticas de quienes lo difunden en la esfera pública. Comenzaremos analizando cómo estos grupos han orientado su acción a partir de ciertos dogmas que son traducidos en la discusión pública de una manera beligerante y poco práctica. Luego, reflexionaremos sobre su expansión a través de una estrategia que han llamado “batalla cultural”. Finalmente, plantearemos algunas preguntas sobre la viabilidad de convertirlos en un proyecto político dentro de una democracia liberal.

Libertarismo dogmático

En su libro *El opio de los intelectuales*, Raymond Aron explica cómo muchas ideologías, bajo ciertas condiciones, se transforman en religiones políticas. El pensador francés ejemplifica este fenómeno con el marxismo, filosofía dominante en aquella época. En las aulas y los círculos de discusión, los seguidores de Marx se guiaban por una doctrina revelada (sus escritos), tenían un culto (su partido) y aspiraban a un paraíso terrenal que vendría a la tierra (el fin de la sociedad capitalista). Siguiendo los términos de Aron, el marxismo no sería la única ideología con rasgos de religión política en nuestros días; de hecho, podríamos identificar varias de distinto signo. Entre ellas se encuentra una que está de moda: el libertarismo.

Es cierto que el marxismo y el libertarismo pueden considerarse movimientos intelectuales ubicados en las antípodas: mientras unos buscan conquistar el poder del Estado para transformar la sociedad desde allí, los otros intentan reducirlo a su mínima expresión. Eso, al menos, es lo que ocurre en la teoría. Sin embargo, en la práctica, y aunque en principio suene contraintuitivo, ambos grupos comparten un *ethos* y una manera común de entender el mundo. Para ser más precisos, ambos

parecen compartir tanto un fondo como una forma de hacer política. En cuanto al fondo, ambas doctrinas son materialistas, pues ponen el foco en las condiciones materiales del individuo como el principal objeto de análisis y son esos factores precisamente las que hacen avanzar el curso de la historia. Desde luego, esto no quiere decir que aquellas condiciones sean poco relevantes, pero sí muestra que su base doctrinaria es, tal como observó Marx, materialista: las relaciones económicas construyen la cultura, el derecho y la opinión. En cuanto a la forma, en una especie de mimesis, los dos adoptan actitudes similares: beligerancia, acusaciones de falta de convicción y un estricto apoyo a su programa ideológico. Por eso, hoy un libertario como Axel Kaiser y un marxista como el diputado Hugo Gutiérrez podrían entenderse perfectamente, ya que su *praxis* es más parecida de lo que admiten en público⁴.

En esa línea, hay varios aspectos que ilustran la dificultad de los libertarios para separar la teoría de la acción. Esta omisión los lleva comúnmente a intentar aplicar sus principios ideológicos en la realidad a cualquier costo, sin considerar las circunstancias particulares de lo posible o el momento particular⁵. Las advertencias sobre dificultades jurídicas, institucionales y democráticas suelen ser interpretadas como simple debilidad o cobardía política. A pesar de esto, puede afirmarse que estos grupos han convertido al libertarismo en una especie de religión, porque, por momentos, parecieran buscar en su doctrina todas las respuestas necesarias para la vida. Así, el libertarismo se formula a través de dos grandes dogmas que, en realidad, componen uno solo: El Estado es malo y debe ser limitado, y el mercado es bueno y debe ser expandido. Esto bien se refleja en las palabras de

4 En el programa político *Sin Filtros*, por ejemplo, estos grupos suelen discutir perfectamente porque utilizan los mismos términos y prácticas similares.

5 En una entrevista a Axel Kaiser, recomendó con una extraña autoridad una minuta de medidas imposibles de aprobar en el Congreso Nacional, entre ellas, privatizar todas las empresas estatales. Fundación para el Progreso (2024). “Yo esperaría que plantee (Matthei) la privatización de todas las empresas del Estado”.



Kaiser: “yo diría que el libertario ve en el Estado un potencial enemigo. Sin duda”⁶.

La traducción de este dogma a la discusión política más contingente ha generado en los grupos libertarios una disposición a creer que la solución siempre será ampliar las libertades económicas y dejar que el mercado resuelva casi todos los problemas públicos. Por eso, suelen presentarse en la arena pública como convencidos, opinando con irreverencia y animados por un verdadero espíritu de misión para expandir su doctrina. De ahí surgen afirmaciones tajantes como: “El Estado no es la solución, es la base de todos los problemas que tenemos”⁷. Esta frase, que posee deficiencias evidentes, será repetida una y otra vez porque el

interlocutor está respaldado por su dogma y cree fervientemente en él.

Lo anterior no implica que pensadores liberales como Friedrich Hayek, Wilhelm Röpke o James Buchanan hayan convertido el liberalismo en una religión. Estos intelectuales, fundamentales dentro de esta tradición de pensamiento, evitaron presentar sus ideas de forma dogmática y se mantuvieron en la academia, alejado de intereses ajenos a ella y de los vaivenes más contingentes de las discusiones públicas. Sin embargo, eso a veces los llevó a ser algo ingenuos respecto a la gestión del poder⁸. Un ejemplo claro es la respuesta de Margaret Thatcher a Hayek, quien criticaba a la mandataria por no aplicar las reformas chilenas en Inglaterra en los años ochenta: “Estoy segura que usted estará de acuerdo que en Gran Bretaña, con nuestras instituciones democráticas y la necesidad de alcanzar

6 Gabriel Pardo. “Mi hermano Johannes está capitalizando porque es el que habla en términos más parecidos a Milei. Reportajes El Mercurio, 19 de enero de 2025.

7 La Nación (2024). “Javier Milei: ‘El Estado no es la solución, es la base de todos los problemas que tenemos’.

8 Algunas excepciones a esto fueron Ludwig Erhard en la Alemania de posguerra y Milton Friedman en los Estados Unidos de la segunda mitad del siglo XX.

“la «batalla cultural» introduce una lógica distinta: su objetivo es convencer por todos los medios posibles, pues existe un rival que hace lo mismo con ideas que podrían destruir la sociedad. Bajo esta dinámica, no hay pedagogía ni formación, solo disputa y guerra. Lo que termina generando este juego de posiciones al final es que la política se transforma en un campo de guerra estratégico donde todo se gana o pierde.”

un alto grado de consenso, algunas de las medidas adoptadas en Chile son bastante inaceptables”. Thatcher simplemente le recordaba a Hayek algo básico que a veces suele ser olvidado: la dificultad inherente de gobernar, de administrar el poder y lidiar con la oposición de otros grupos políticos.

Al final, los libertarios de difusión cometen una serie de errores e imprudencias al aplicar dogmas de manera rígida en la discusión pública y al opinar sobre lo que debe hacerse, a pesar de su escasa experiencia en cargos públicos. Dicho de manera gráfica, el libertarismo de difusión suele pasar por alto, consciente o inconscientemente, la complejidad y lo tediosos que son los procesos en un Estado de derecho. Siguiendo la máxima de Milton Friedman, todo depende de dónde nos desenvolvamos. En ese sentido, es probable que los libertarios de difusión chilenos actuarían de otra forma si conocieran el Estado de verdad. Milei es un ejemplo de cómo para dirigir al Estado tuvo que aliarse de todas maneras con la derecha tradicional. Para ser exitoso en los dos puntos clave de su mandato tuvo que aliarse: en seguridad incorporando a Patricia Bullrich y en desregulación adoptando el programa elaborado por Federico Sturzenegger. En otras palabras, el gobierno libertario argentino dependió de los mismos grupos que criticó para luego tener una bajada programática práctica y viable.

Libertarismo cultural

Para cambiar la opinión dominante supuestamente “anti-liberal”, los libertarios adoptaron una estrategia que hasta ahora les ha dado frutos: la “batalla cultural”. Lo que antes era desconocido para el público general, como ciertas ideas, autores y los mismos exponentes de difusión libertaria, ahora se ha acercado a las masas, principalmente por medio de las redes sociales.

Para estos grupos, la batalla cultural es el medio idóneo para atraer a la mayor cantidad de seguidores. En términos simples, es una estrategia cuyo único objetivo es disputar los espacios de

dominación que antes estaban en poder de la izquierda. Los difusores libertarios habrían adoptado esta vía al notar que grupos progresistas ejercieron esta práctica durante mucho tiempo sin otros grupos que los contrarrestaran. De hecho, la batalla cultural está tan vinculada a la izquierda que incluso el diputado Gonzalo Winter, del Frente Amplio, usó esta nomenclatura para referirse a su trabajo. En marzo de 2024, afirmó: “Hemos fallado en nuestro rol de dar una disputa ideológica [...] la batalla cultural no es simbolismo. Es contenido práctico, tangible”⁹.

Para encontrar el punto de unión entre la nueva izquierda y el libertarismo¹⁰, debemos retroceder a mediados del siglo XX, cuando Antonio Gramsci, en sus *Cuadernos de la cárcel*, encargó a las futuras generaciones de izquierda redirigir la revolución. La idea de la toma violenta del Estado debía ser reemplazada por una revolución subterránea y más vinculada a las ideas y la cultura. Así, la abolición del capitalismo se lograría mediante el convencimiento de las masas a través de la educación, la literatura, las artes y los espacios culturales. Como respuesta, varias décadas después, algunos grupos de derecha pensaron que debía erigirse una “contrarrevolución” cultural bajo la misma lógica gramsciana. Esto es reconocido por el autor argentino Agustín Laje en su libro *La batalla cultural*, donde señala que, aunque la cultura es un fenómeno colectivo que surge con la sociedad humana, fueron las izquierdas quienes la incorporaron como parte de su estrategia de conquista política en el siglo XX¹¹.

La nueva izquierda y el libertarismo cultural, nuevamente, vuelven a reflejarse el uno al otro. Pero ahora no solo comparten aspectos de fondo y forma, sino también una disputa en los mismos

términos y por los mismos espacios. Aunque convencer con argumentos racionales ha sido siempre parte de la política, la “batalla cultural” introduce una lógica distinta: su objetivo es convencer por todos los medios posibles, pues existe un rival que hace lo mismo con ideas que podrían destruir la sociedad. Bajo esta dinámica, no hay pedagogía ni formación, solo disputa y guerra. Lo que termina generando este juego de posiciones al final es que la política se transforma en un campo de guerra estratégico donde todo se gana o pierde, y en el cual las posibilidades de encuentro y acuerdos quedan relegadas a un segundo plano. La política así se ve subsumida en su faceta del “polemos”, destruyendo a la “polis”. Este espacio sería “el campo de batalla por excelencia de cualquier proyecto político y social. Es a través de las creencias e ideas difundidas en ese espacio donde se ganan los apoyos de las mayorías”¹².

Esto explica la falta de disposición de los libertarios para estudiar otras posiciones, pues cualquier teoría fuera del ámbito “liberal” o libertario que caiga en zona de “zurdos” no merece ser considerada. Un ejemplo de este fenómeno es la portada de la revista libertaria *Átomo*, que en su número sobre comunismo, ilustra a Marx cubierto de sangre, como si su teoría solo fuese criminal y careciera de cualquier valor intelectual. Al desafiar los dogmas del libertarismo, los argumentos contrarios solo merecen ser destruidos con argumentos “libertarios”. La estrategia, en última instancia, es mera beligerancia y su construcción política parte de esa superioridad intelectual. Incluso Robert Nozick, el autor más inteligente y serio de esta tradición, reconoce en la introducción de *Anarquía, Estado y Utopía* el carácter intrínsecamente polémico y beligerante de cierto libertarismo. En efecto: elimínese la polémica y la mayoría de los exponentes libertario perderán su identidad y su atractivo.

9 El Mostrador (2024). “Gonzalo Winter (CS) y la batalla de las ideas: “No es simbolismo. Es contenido práctico, tangible”.

10 Para entender qué es la nueva izquierda véase el número 7 de la revista Punto y Coma, “Radiografía a la nueva izquierda”.

11 Véase la introducción a Agustín Laje (2022). *La batalla cultural: reflexiones críticas para una nueva derecha*. México D.F: Harper Collins.

12 Axel Kaiser (2014). *La fatal ignorancia. La anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico progresista*. Fundación para el Progreso. p. 31

Todo lo dicho se puede entender mejor al observar que el objetivo principal de los libertarios es conseguir adeptos a cualquier costo. Si su meta es convencer a las masas con un discurso simple, los matices y complejidades del liberalismo deben ser eliminados, pues es más difícil convencer con un mensaje moderado y también obtener financiamiento de mecenas que buscan acción con convicción. Así, la simplificación del credo libertario ha depurado al liberalismo de conceptos esenciales para entenderlos. Términos como “sociedad civil”, “cooperación” e “igualdad”, ampliamente estudiados dentro de la doctrina liberal, rara vez se incluyen en sus estudios. Por ejemplo, el concepto de cooperación, desarrollado por Adam Smith en los primeros capítulos de *La riqueza de las naciones*, no aparece en el libro más profundo de Kaiser, *La tiranía de la igualdad*. Por otro lado, “sociedad civil”, también fundamental para cualquier liberal clásico, aparece menos de diez veces en ese mismo libro, y casi siempre para contrastar, no para analizar o proponer. De este modo, el libertarismo logra crecer en seguidores a costa del propio liberalismo, deteriorándolo y purgándolo de su complejidad natural.

Libertarismo hegemónico

Los dos puntos anteriores permiten identificar una última dimensión del libertarismo de difusión: su carácter combativo. Como en cualquier batalla, quienes participan deben prepararse y equiparse con las armas adecuadas para defenderse y atacar. En la batalla —o guerra— ocurre algo similar. Los exponentes del libertarismo se arman con ideas diseñadas para destruir a sus opositores. Sin embargo, a menudo omiten que las ideas exigen una reflexión detenida, atenta a las circunstancias específicas, pues suelen creer que las ideas “ya están”; lo único que faltaría, por tanto, es defenderlas con convicción. En otras palabras, lo importante para ellos no es reflexionar sobre cómo se manifiesta la libertad en la sociedad contemporánea o qué condiciones

se requieren para alcanzarla, sino usar las “ideas de la libertad” (signifiquen lo que signifiquen), contra quienes cuestionen su pensamiento.

La forma de actuar descrita es una de las razones por las que resulta difícil construir un proyecto político libertario colectivo que ofrezca gobernabilidad a largo plazo. Aunque la ideología y el activismo libertario llevan décadas existiendo en distintas partes del mundo, han sido pocos proyectos políticos que han llegado a la práctica. De hecho, para lograr lo anterior primero deben unir sus múltiples y rabiosas facciones. Por eso, muchos consideraban al gobierno de Milei como la primera experiencia libertaria del mundo, reconociendo la compleja disposición al consenso en estos grupos. Sin embargo, el fenómeno Milei surge en un contexto de crisis, sin el cual sería muy difícil articular un movimiento político libertario capaz de ofrecer gobernabilidad. En sociedades plurales es necesario alcanzar acuerdos sobre temas con diversidad de opiniones, pero muchos libertarios parecen tener dificultades para aceptar que el adversario piense distinto, sobre todo en materias económicas y de distribución de recursos. Su dogma, que, como mencionamos en la primera parte, no admite matices y tiene una fuerte carga moral (el Estado es malo), lleva a descalificar al rival en lugar de a sus ideas. Esto se refleja en las palabras del libertario español Jesús Huerta de Soto, quien dijo que el Estado era “la encarnación del demonio”¹³, o en la afirmación de Milei: “al zurdo de mierda no le puedes dar un milímetro porque te destroza; no se negocia con los zurdos”¹⁴.


Quizás ese ensañamiento contra el rival sea uno de los elementos clave del *ethos* libertario: para difundir su doctrina, necesitan interpelar a un enemigo. Esto no es extraño, ya que el libertarismo es una rama combativa del liberalismo. Así, el movimiento libertario adopta la máxima del jurista

13 Jesús Huerta de Soto (2017). “Anarquía, Dios y el Papa Francisco”. *Fundación Rafael Pino*.

14 Tomás Rico, “Javier Milei: ‘Al zurdo de mierda no le puedes dar ni un milímetro’”, en X, 27 de agosto de 2023.

“Su dogma no admite matices y tiene una fuerte carga moral (el Estado es malo), lleva a descalificar al rival en lugar de sus ideas.”

Carl Schmitt, según la cual una fuerza política debe definir a su enemigo para definirse a sí misma¹⁵. De esa forma, los libertarios centran la batalla cultural en la nueva izquierda, su enemigo, construyendo su acción en sus mismos términos. En última instancia, su objetivo es combatir al enemigo de contrarrevolución inspirada por grupos marxistas.

Los movimientos libertarios en política no quieren y tampoco suelen pactar con nadie, pues siempre aspiran a convertirse en hegemonía. Entonces es razonable que, al llevar sus prácticas a la política contingente, se vuelva difícil mantener aliados debido a su intransigencia. Lo más probable es que enfrenten el rechazo de otras fuerzas políticas, que comprenden que los acuerdos y, en muchos casos, la intervención del Estado va más allá de lo que el libertarismo promueve en el papel y en la teoría. Así, el mismo apego a los dogmas que los vuelve beligerantes, en política los puede terminar llevando al aislamiento. El caso de Milei es ilustrativo de nuevo: aunque ha necesitado pactar con otras fuerzas, los libertarios confían en que su movimiento terminará siendo dominante. De esa manera, la mecánica libertaria sería parecida a lo siguiente: primero, los dogmas se difunden a través de la batalla cultural para consolidar una fuerza en la sociedad; luego, esa fuerza debe convertirse en hegemonía política; y finalmente, desde ese poder adquirido se debe buscar aplicar los dogmas libertarios en la práctica. En resumidas cuentas, el libertarismo de difusión, a diferencia del verdadero liberalismo filosófico, impone un ciclo político que mezcla fuerza y convencimiento. 

15 Mark Lilla (2017). *Pensadores temerarios*. Santiago: Penguin Random House.